

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 6 Agosto de 1892

Núm. 10



MUCHACHO CATALÁN.—Dibujo del natural, por DIONISIO BAIXERAS

SUMARIO

Texto.— Crónica, por C.— La pesca de las sanguijuelas, por JUAN RAMEAU.— Los insectos dañinos, por ***.— Las llaves perdidas, tradición popular, por MARÍA MENDOZA DE VIVES (ilustraciones de J. PELLICER MONSENY.— Nuestros grabados.— Recreos instructivos, por JULIÁN.— Advertencias.

Grabados.— Muchacho catalán, dibujo del natural, por DIONISIO BAIXERAS.— Apuntes del natural, dibujos de DIONISIO BAIXERAS.— Idilio, cuadro de DIONISIO BAIXERAS.

Crónica

HAN empezado las fiestas del cuarto Centenario del descubrimiento de América ó de Colón, que con ambos nombres se las designa. Huelva las ha principiado y á ella seguirán las ciudades de España que fueron teatro de hechos insignes en la vida del gran navegante y de sus protectores los Reyes Católicos.

Es natural que en Huelva se iniciasen las fiestas, puesto que allí se encuentra el pequeño puerto de Palos, de donde el día 3 de Agosto de 1492 salió la flotilla mandada por Cristóbal Colón, y formada por las tres carabelas la *Santa María*, que antes se apellidaba la *Gallega*, la *Niña* y la *Pinta*. Puesta en Dios la confianza, con profunda fe religiosa, su genio audaz se lanzó al través de mares desconocidos, realizando una de las más grandes epopeyas que ha visto el género humano.

De Palos partió Colón, protegido por los Reyes, que habían dictado órdenes terminantes para que pudiese llevar á cabo su atrevida empresa. A pesar de tan poderoso apoyo, tal vez no hubiera podido sacar su flotilla de aquel puerto, á no ser por el concurso de los Pinzones, distinguidos navegantes de una familia acomodada de Palos. No sólo le procuraron fondos para completar su pequeña escuadra, sino que se pusieron á su servicio, acompañándole en el viaje.

Este suceso de tanta significación en la historia del mundo, se conmemoró el 3 de Agosto en Huelva, saludando á la carabela *Santa María*, construída adrede para la circunstancia, como saben nuestros lectores, los buques de guerra de los más importantes Estados del globo. Un historiador alemán, refiriéndose al suceso conmemorado, escribe: «Desde que existe la tierra no hay precedente alguno de un acontecimiento de tamaña importancia para sus habitantes y que por modo tan colosal cambiase la faz del mundo.»

* * *

Esto mismo, con más sublime elevación, expresa nuestro sabio Padre León XIII, en la epístola á los arzobispos y obispos de España, Italia y ambas Américas sobre el Centenario de Cristóbal Colón.

«Al espirar el cuarto siglo, dice Su Santidad, en que el ilustre genovés puso el pie en las ignotas playas del Océano Atlántico, se esparce la alegría entre los hombres, celebrando la memoria del fausto acontecimiento. Y ciertamente sería difícil encontrar causa más digna de conmover los ánimos y de inflamar los espíritus estudiosos. Todo el mundo reconoce que nunca se realizó empresa semejante en ninguna otra de las épocas de la humanidad,

y que á pocos es comparable por grandeza de ánimo y por esfuerzo de valor quién la llevó á término. Centenares de miles de hombres restituidos á la sociedad, salieron del olvido y de las tinieblas del estado salvaje para entrar en la civilización, y lo que es inmensamente más importante, para participar de los bienes de la Religión de Jesucristo y de la vida eterna. Atónita Europa del inesperado milagro y de la imprevista novedad del acontecimiento, conoce y aprecia lo que debe á Colón, cuando conduciendo á América numerosas colonias empezó á sentir las ventajas traídas al mundo con el descubrimiento de aquellas regiones, con sus riquezas, con el tráfico y las relaciones de todo género que acrecentaron admirablemente la autoridad y prestigio del nombre europeo.»

* * *

Por todo esto Su Santidad quiere que la Iglesia se asocie al Centenario, y añade en su elocuente epístola:

«Existe además otra causa altísima que nos impulsa á honrar la memoria de la inmortal empresa, y es la de que habiendo pertenecido Colón á la Religión Católica, que guió sus acciones, todo el género humano es grandemente deudor á la Iglesia que lo inspiró. En todos tiempos hubo hombres fuertes y sabios que con constancia y valor se dedicaron al descubrimiento de tierras ignoradas; pero entre aquéllos y el varón cuya memoria honramos, existe grande diferencia. Porque realmente el espíritu de Colón no se sentía sólo inflamado por el deseo de descubrimientos científicos y aspiraciones filantrópicas, objetos dignos sin duda de alabanza, sino que fué guiado especialmente por la grande idea de derramar sobre nuevas tierras los esplendores de la Religión de Jesucristo.»

«Era misión de la Iglesia, dice más adelante León XIII, llamar las nuevas generaciones de los indios á la Religión Cristiana, y tal misión, emprendida desde el principio, continuó ejercitándola, como la cumple en nuestros días, hasta la última evangelización de la Patagonia. Colón, profundamente convencido de seguir en esta parte las vías del Evangelio, fijo en esta idea, coordinó toda su empresa con este objetivo, no queriendo emprender nada sin la guía y la ayuda de la Religión. Referimos cosa conocida de todo el mundo. Obligado por los portugueses y genoveses á buscar auxilio en España, se encerró dentro de los muros de un monasterio para madurar el gran designio del descubrimiento de un nuevo mundo, teniendo por compañero y protector un religioso de la Orden de San Francisco. Más tarde, debiendo afrontar el Océano, dispone ante todo lo que mira á la salvación de su alma; suplica á la Reina de los Cielos para que ayude aquella empresa y dirija la nave; y no manda izar las velas sino después de haber implorado la ayuda de la Augusta Santa Trinidad. En alta mar, entre las tempestades y las rebeliones de á bordo, constituye la serenidad y la constancia de su espíritu la confianza en Dios. De sus propósitos hablan los nombres impuestos á las islas descubiertas, sobre las cuales, apenas desembarcado, dirige de rodillas súplicas al Dios Omnipotente y procede á posesionarse de ellas invocando el nombre de Jesucristo. Cualquiera que sea la tierra por él pisada, nada le parece más urgente que alzar en ella el sacrosanto madero de la Cruz, y él, primero ante todos, hace resonar el nombre del Redentor en las nuevas regiones, el nombre del Salvador que tantas veces había invocado en la inmensidad de los mares entre el estruendo de las olas.»

* * *

¿Qué mejor podíamos hacer en esta crónica que transcribir los párrafos que hemos copiado de la hermosa carta de Su Santidad á los arzobispos y obispos de España é Italia y de ambas Américas? Ellos dicen mejor que cuantas frases pudiéramos emplear nosotros al altísimo significado de las fiestas que van á celebrarse, y explican por qué la Iglesia Católica, Apostólica y Romana se asocia á las mismas, recomendando Su Cabeza visible que en el mes de Octubre se dirigan con tal motivo particulares preces al Señor de Cielo y Tierra.

* * *

¡Qué contraste se nota entre los designios de Colón al colonizar la América, y el de los diplomáticos de hogar que quieren penetrar en países de infieles! Léase lo ocurrido entre el sultán de Marruecos y el enviado inglés sir Carlos Ewan Smith y se verá la distancia que va entre el descubridor cristiano y el embajador protestante. Éste hállase atento exclusivamente á los beneficios materiales, los cuales, sin que hayan de desdeñarse, se han de posponer siempre á los que Colón perseguía en su empresa. Inglaterra trata sólo de asegurar su comercio, de facilitar la salida de los géneros que en grande abundancia producen sus colosales centros manufactureros.

En la comisión que llevaba, hubo de luchar sir Carlos Ewan Smith con gentes desconfiadas de suyo, artificiosas y acaso más prevenidas en contra de Inglaterra que en contra de cualquiera otra nación europea. Tratábase de ver quién engañaba á quién, y el sultán no se dejó coger en el lazo que se le tendía, el cual hubiera podido resultar en definitiva más ó menos ventajoso para su pueblo, pero que de seguro hubiera sido muy fructífero para la Gran Bretaña. El enviado de esta nación se decía defensor de los intereses de todas las de Europa y de América, y aseguraba que el pactar un tratado en favor de Inglaterra exigía idénticas ventajas para todos los demás Estados. No lo creerían así éstos, por lo menos muchos de ellos, ya que ó se manifestaron opuestos ó se presentaron retraídos y en expectativa. En el fondo de todo creíase ver, ó se veía en realidad, el afán de Inglaterra por sentar bien la planta en territorio marroquí, cosa que ni Francia, ni España, ni otros países pueden mirar con indiferencia. El fracaso de Mr. Smith es ya un hecho público, y lord Salisbury, ó quien le suceda, habrá de emprender nuevas negociaciones si desea llevar adelante sus propósitos.

* * *

Las asonadas han producido otra vez desgracias en nuestra patria. El tumulto de las vendedoras de pescado en Pontevedra y la colisión entre paisanos y militares de Santander constituyen dos sucesos lamentables, que por fortuna han durado poquísimo. En Cataluña se ha restablecido la paz con la completa apertura de las fábricas de estampados, en las que trabajan ahora igual número de operarios que antes de la huelga. Por estos motivos se ha levantado el estado de guerra, á pesar de lo cual no han desaparecido ni se han resuelto las cuestiones que existían entre fabricantes y operarios y que el día menos pensado reverdecerán nuevamente.

C.

La pesca de las sanguijuelas

MAGDALENA era una joven de quince abriles, alta, rubia y hermosa, de una hermosura precoz y exuberante, tanto, que á la edad en que las niñas suelen hacer la primera comunión, ella poseía una plenitud de formas que admiraba á cuantos la veían. Sus pasos eran largos, hombrunos, y sus brazos se movían como las aspas de un molino de viento. Era caprichosa y extremada: hablaba á borbotones sonoros como los de una fuente, y miraba las cosas ó con mucho entusiasmo ó con mucho desprecio; nunca con indiferencia. Parecía como si en aquel cuerpo virginal se agitaran treinta y seis almas todas á la vez, y estaba en vibración permanente y un sí es no es inquietante, como máquina que trabaja á una presión muy elevada; pero en cambio tenía momentos adorables de tiernísima calma.

Sus padres, modestos rentistas de Passy, consintieron en que fuera á pasar algunas semanas en un villorrio de las Landas, en casa de una tía rica, propietaria de extensos bosques y de prados, donde la chica podría galopar y revolcarse á su placer. Esta tía, viuda desde hacía muchos años, era uno de esos tipos de mujer meridional, fría y reservada, al lado de los cuales resultaría expansivo un árabe sordo-mudo; así, pues, no hay que decir cuánto chocarían á la buena señora las turbulencias de la sobrina, que al momento de llegar á la casa ya quiso guardar patos, montarse en zancos, domar un pollino y adiestrar un sapo, todo á la vez, y acabó por alborotar la población con sus gritos y sus gestos y sus innumerables travesuras. Se entusiasmaba por cualquier motivo. Veinte veces al día exclamaba entusiasmada:—¡Cáspita, qué bueno es esto!—Su tía se ganaba con ello unas jaquecas espantosas, y sólo gozaba de algún descanso cuando Magdalena estaba en la iglesia: de modo que se aprovechaba de cualquier cosilla para mandarla á confesar ó á hacer penitencia.

Una mañana salió á paseo en compañía de una aya que sus padres habían mandado con ella; poco á poco se fué separando de su acompañante, y así que la hubo perdido de vista, echó á correr como una loca al través de prados y arboledas hasta llegar á orillas de una balsa, donde vió á un viejo campesino con las piernas metidas en el agua. Aquel viejo, seco como una rama muerta y con una cara que más que de piel humana creyérase revestida de cuero cordobés, parecía tener cien años. Estaba inmóvil.

—¿Será eso un ser viviente? pensó Magdalena; y para asegurarse de ello gritó:—¡Buenos días, buen hombre!

El viejo volvió lentamente la cabeza, pareció vacilar un poco, y al fin contestó:

—Buenos días, señorita.

—¿Está usted tomando un baño de pies?

—No, no...

—Pues, ¿qué es lo que está usted haciendo aquí?

—Estoy pescando sanguijuelas.

—¿Pescando qué?...

—Sanguijuelas.

—¿Para comerlas?

—No, señorita, no; las vendo.

—¿Y se paga mucho eso?

—Hay temporadas... A veces, á sueldo una: otras veces por dos me dan tres sueldos.

—¿Se encuentran muchas por esos charcos?

—Sí: en las aguas de esta comarca abundan mucho.

—¿Y con qué se pescan? Porque yo no veo que tenga usted ningún armatoste.

—Caramba, las pesco con mis piernas. Mire usted...

Metió la mano en el agua y arrancó de su pierna derecha un animalito verde rayado de negro que estaba pegado á ella. La joven lo miró con mucho interés.

—¿De manera que esto pica hasta hacer sangre? preguntó.

—¡Ah! naturalmente.

—¿Cuántas pueden cogerse en un día?

—¡Psé! Con unas piernas como estas ya es mucho cuando uno llega á la docena, dijo el viejo volviendo hacia Magdalena su cara surcada de profundas é innumerables arrugas, con dos ojos extraños, cuasi blancos.

—¡Qué bueno es eso! exclamó Magdalena como de costumbre.

Y distraidamente metió en el agua una rama de acebo erizada de espinas que había arrancado, tocando por casualidad la pierna del buen hombre.

—¡Hola! dijo éste, ya pica otra.

Metió la mano en el agua con precaución, pero quedó maravillado al no encontrar nada en la pierna.

—Me engañé, murmuró algo avergonzado.

El viejo no había visto la rama de acebo. ¿Estaría ciego? Para averiguarlo, la joven volvió á aproximar silenciosamente la rama á la pantorrilla del pescador de sanguijuelas.

—¡Ya vuelve! ¡ya vuelve! exclamó radiante el buen hombre; ¡y cómo pica!

Magdalena no podía contener la risa. Indudablemente el hombre estaba ciego, pues tomaba las punzadas del acebo por picaduras de sanguijuela.

—Esto sí que es bueno de veras, pensaba la chica volviendo los ojos para no soltar la carcajada, y se lo he de contar á mi tía. Pero, ¿y si me manda otra vez á confesar?...

Y continuó largo rato entreteniéndose en engañar al pobre anciano. ¡Cuidado si acudían las sanguijuelas! ¡y qué manera de morder!

—¡Estas son las buenas! ¡estas son las buenas! decía cada vez el viejo con gran entusiasmo. Pero cada vez también, al no encontrar ninguna, quedaba sumamente desconcertado: hasta que metió rápidamente la mano para pescar una que mordía de firme, y lo que agarró fué la rama de acebo.

Magdalena soltó la rama dando un grito y quiso huir; pero le remordió la conciencia.

—Tomad, buen hombre, dijo poniendo en la mano del ciego una pieza de cinco francos, tomad eso por todas las sanguijuelas que hubierais podido pescar.

Pero el pescador se levantó temblándole las escualidas piernas, pálido, con un supremo resplandor en sus velados ojos; y quitándose el sombrero dijo nerviosamente:

—Señorita, me llamo Karistou, y soy concejal de este municipio desde hace veintisiete años... No vivo de limosnas.

Dicho esto, tiró la moneda de plata en dirección adonde se hallaba Magdalena, dió media vuelta, volvió á ponerse el sombrero, y se sentó de nuevo en la orilla de la charca, aguardando gravemente á las sanguijuelas golosas, que no se dejaban coger porque no gustaban ya de sus piernas desecadas.

Magdalena se marchó llorando amargamente: por la tarde no quiso comer y por la noche no pudo dormir, comprendiendo que había hecho una cosa muy mala.

A la mañana siguiente, sin necesidad de que su tía se lo dijera, fué á confesar con el cura del pueblo: exageró su pecado diciendo con la mayor buena fe que había faltado al quinto mandamiento de la ley de Dios matando, ó poco menos, á un anciano indefenso; y al séptimo despojando de sus bienes á un desgraciado. El resultado fué que hubo de estar pasando el rosario hasta las dos de la tarde.

Acabada la penitencia, con los ojos todavía encarnados de tanto llorar, echó á correr hacia la balsa de las sanguijuelas, y allí encontró otra vez al viejo concejal, tieso como una garza y con las huesosas piernas metidas en el agua. Magdalena se acercó despacito, tímidamente.

—Buenos días, señor Karistou, balbuceó con voz temerosa, ¿no me perdona usted?

El viejo volvió un poco la cabeza flaca y curtida por el sol; pero no contestó:

—¡No! ¡no me perdona! continuó la joven. ¡Y yo que venía á suplicárselo con tanto afán! ¡Se lo aseguro!... Si usted pudiera verme sabría que estoy llorando de veras... ¿quiere usted que me arrodille á sus pies para pedirle perdón?... ¡Oh! ¡lo haría muy contenta!... ¡Ya me tiene usted de rodillas... y le digo que me remuerde mucho la conciencia por lo que hice... mucho... mucho!...

Realmente se había arrodillado y se conocía que iba á romper en sollozos. Entonces el viejo le dijo:

—Pero, ¡por Dios! señorita, ¿cómo es posible que haya tomado usted esto tan en serio?... Pero, vamos, si se empeña en obtener mi perdón, la perdono de muy buena gana...

—¡Ah! ¡Bravo, señor regidor! exclamó la chica saltando y batiendo palmas. Después se dejó caer sentada en la orilla de la balsa al lado del campesino, diciéndole:

—¿No es verdad que usted y yo vamos á ser muy buenos amigos? ¿sí?... Cuénteme usted muchas cosas, su edad, su vida, ¿cómo fué que llegó usted á ser concejal?

El buen edil no acababa de fiarse. Pero la voz de Magdalena era tan dulce, su juventud despedía tal perfume de inocencia, que poco á poco el viejo fué desatando su lengua, haciendo una porción de confidencias que su nueva amiga escuchaba con la mayor solicitud.

¿Su edad? ¡Pronto tendría ochenta años! ¿Por qué había llegado á concejal? Porque sabía leer y escribir, y en el pueblo eran raros los que poseían tamaña sabiduría. ¡Sabía muchas cosas Karistou! Sabía el nombre del actual ministro de la Guerra y se lo dijo á Magdalena, que quedó muy maravillada.

Y charla que te charla, fué contando sus desventuras, que no eran pocas desde hacía algún tiempo. No le era posible acabar de reunir el dinero para pagar su contribución; le faltaban siete francos justos, y necesitaba tenerlos antes de fin de Septiembre. Y no era cosa de bromas, no; si no pagaba puntualmente la contribución, era seguro que fracasaría en las próximas elecciones municipales. Precisamente, como no podía trabajar á causa de su ceguera, procuraba pescar sanguijuelas. Si él se decidiera á tender la mano, indudablemente tendría lo necesario, pues era muy querido en el pueblo y había prestado grandes servicios á sus convecinos. Pero ¿y su dignidad? ¡Mendigar!... Eso nunca; antes moriría en la miseria, y añadida con cierto retintín que su padrino había sido juez de paz.

Pero el caso era que aquel día las sanguijuelas no mordían: no había pescado nada todavía. Levantóse, y apoyado en un bastón dió algunos pasos dentro de la balsa agitando el agua con sus grandes pies huesosos.

APUNTES DEL NATURAL, dibujos de DIONISIO BAIXERAS



Joven catalana



Marinero



Marinero



Muchacha de la marina

—Esto lo hago, dijo á guisa de explicación, para despertar á los animalitos, pues siempre hay muchos que duermen entre los juncos.

Después volvió á su sitio, hundiendo un poco más las piernas en el agua, y esperó con resignación.

Magdalena, enternecida, le miraba con sus ojos grandes, luminosos, llenos de bondad, y sentía un gran deseo de reparar el mal que había hecho á aquel pobre viejo tan digno y tan desgraciado al mismo tiempo. Hacer algo por él, hacerle feliz procurándole aquellos siete francos que le faltaban para la contribución, esto era lo que ella deseaba. Pero ¿cómo, si él nada quería aceptar? No se le ocurrió otra cosa sino rezar tres Padrenuestros para que todas las sanguijuelas de la charca fueran á parar á las piernas de Karistou.

De repente preguntó:

—Siete francos, ¿cuántas sanguijuelas representan?

—Cosa de ciento ochenta.

—¡Ciento ochenta! Cuando menos estará usted tres meses para recogerlas.

—Mucho me lo temo, dijo Karistou suspirando; luego añadió: ¡Ah! si yo tuviera mis pantorrillas de veinte años.

—La presa sería mucho mayor ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo! Cuando yo tenía carnes llegaba á pescar cincuenta cada día. Las sanguijuelas son como las personas; gustan de los buenos bocados.

—¡Bah! exclamó Magdalena riendo.

Entonces le ocurrió una idea feliz; fué una inspiración súbita que puso radiantes de alegría sus dulces ojos de rubia.

Rápidamente, con sus dedos ligeros que temblaban de impaciencia, desató sus zapatos, y echando una mirada en derredor por el campo, se quitó gallardamente las medias. Después de un momento de vacilación:

—Está ciego, y bien ciego, se dijo.

Y se levantó las faldas. Sus hermosas pantorrillas rosadas se reflejaban en el agua.

Al meter los pies en ella la impresión del frío le arrancó un pequeño chillido.

—¿Qué tiene usted, señorita? preguntó el viejo.

—Nada... nada... una avispa que me ha picado en el cuello...

—¡Ah! en este tiempo corren muchas.

Magdalena fué metiendo poco á poco en la balsa sus piernas hasta la rodilla, pero con grandes precauciones para evitar que el ruido del agua llamara la atención del anciano campesino. ¡Estaba tan contenta! Hubiera llorado de felicidad; allí sentada junto á Karistou, temblaba de placer. De pronto, á pesar de su decisión, se le escapó otro chillido medio ahogado.

—¿Otra avispa? preguntó el bueno del ciego.

—Sí... sí... contestó la joven arrancando una sanguijuela de su pierna izquierda. Vamos, pensó, no duele tanto como yo creía.

Después, muy satisfecha, dijo en alta voz:

—Tome usted, Karistou, aquí tiene usted una.

—¿Una qué?... ¿una sanguijuela?...

—¡Vaya!

—¿Y cómo la ha cogido usted?

—¿Yo?... pues... es muy sencillo; con la mano. Estaba nadando, nadando... aquí, á flor de agua... y la he cogido.

—¡Caramba! esto sí que es raro... generalmente no se cogen así... ha sido mucha maña la de usted...

—Tendré que buscar otra mentirilla, pensó Magdalena. ¡Mire, usted! ¡mire, usted! aquí tiene otra que le estaba mordiendo en la pierna.

—¿A mí?

—Sí, señor. ¿No la sentía usted?

—Absolutamente... Bien es verdad que á mis años la piel es ya poco delicada.

—¡Otra todavía!

—¿Cómo es esto?...

—¡Ay, ay, ay! señor Karistou, usted no se fija y va á dejar que escapen muchas.

—¡Ay! bien veo que tengo la carne muerta.

Por este procedimiento la joven dió al viejo unas veinte sanguijuelas tomadas de sus frescas piernas. Al fin de la jornada Karistou estaba radiante de alegría, y Magdalena más radiante que él todavía.

—Con pocos días como hoy, señorita, decía el concejal disponiéndose á partir, pago de sobra todas las contribuciones.

—¡Vaya si la pagará usted, señor Karistou!

Y se despidieron dándose cita para el día siguiente en que la pesca fué igualmente milagrosa, lo mismo que el resto de la semana. Bien lejos estaba el pobre Karistou de sospechar la verdad de todo aquello. Precisamente las mujeres de la comarca tenían un miedo horrible á las sanguijuelas; ninguna de ellas, ni la más pobre, se hubiera atrevido por nada del mundo á meterse de piernas en la charca.

El viejecillo parecía reverdecer. Una tarde dijo á Magdalena un si es no es conmovido:

—Vamos, me engañaba, aun no estoy muerto del todo.

—¿Pues qué creía usted?...

—Nada... Sólo que suele decirse que cuando uno no es capaz de pescar sanguijuelas es porque está próximo á morir.

Magdalena le hubiera abrazado de buena gana; pero se limitó á redoblar las precauciones para que no descubriera la verdad.

Un día, de repente, oyeron detrás de ellos rumor de pasos y en seguida una voz de mujer exclamando:

—¡Santo Dios! ¡Mi sobrina de piernas en la balsa de las sanguijuelas!

Era la tía que, después de pronunciar estas palabras, estuvo á punto de desmayarse.

Pero quien se desmayó de veras fué Karistou. Lo había comprendido todo.

—Es usted una habladora, tía, exclamó la sobrina, y me temo que acaba de cometer usted una falta muy grande. Tendrá que confesarse de ello...

Karistou estaba tendido en la orilla sin sentidos. El golpe de aquella emoción acabó de destruir la escasa vida que le quedaba.

Con brazo vigoroso Magdalena levantó al pobre pescador de sanguijuelas, que entreabrió los ojos, y con mucho trabajo logró echar á andar apoyado en el hombro de la muchacha. Una vez llegado á su casa, dos vecinos le pusieron en la cama, donde quedó sin movimiento. Magdalena no quiso apartarse de la cabecera haciendo inútiles esfuerzos para retener las lágrimas.

—Ya se curará usted, Karistou, decía con su voz virginal al ver que el anciano iba perdiendo las fuerzas. Sí, usted se curará y volverá á ser regidor. ¡Vaya! Mi tía y yo haremos una campaña para que le nombren alcalde segundo; y le prometo una cosa; cuando me case, el casamiento será aquí en el pueblo, y usted reemplazará en mi boda al primer alcalde. Sí, sí, señor Karistou; se pondrá usted una hermosa faja tricolor, se lo juro á usted...

De pronto calló... juntó las manos, se puso un poco

pálida... y suavemente cayó arrodillada junto á la cama. Karistou había muerto con la sonrisa en los labios.

JUAN RAMEAU.

Los insectos dañinos

III

Las avispas.—El saltón.—Las moscas

LAS AVISPAS

SE conocen muchas variedades de estos insectos. La avispa común (*Vespa vulgaris*) es negra con bonitas manchas de amarillo vivo. La avispa roja (*Vespa rufa*) es algo más pequeña que la anterior, tiene el abdomen rojizo con fajas maculadas y grises. El zángano (*Vespa cabro*) es algo más pequeño que las mencionadas, tiene amarilla la parte anterior de la cabeza, y el tórax y el abdomen presentan también manchas amarillentas.

Las avispas viven en sociedad en sus nidos, que construyen en el suelo, en los troncos de los árboles y entre las ramas; los fabrican de una sustancia análoga al papel de estraza. Estos insectos atacan los frutos de los jardines en cuanto están ya maduros; lo mejor en este caso es dejar los frutos atacados en el árbol, y de este modo los insectos acabarán de consumirlos, descuidando los demás, que madurarán perfectamente y podrán recogerse intactos.

El aguijón de las avispas y de los zánganos no es arpado como el de las abejas, así es que lo retiran casi siempre de la herida. No obstante, la picadura de estos insectos, y en particular la del zángano, causa un dolor muy intenso y á veces produce también complicaciones de carácter grave. El peligro es mayor ó menor según el sitio de la picadura. Se citan algunos casos de muerte casi repentina, que ha tenido lugar á consecuencia de picaduras de las avispas en el fondo de la boca, y esto ha sido posible porque en el interior del fruto que la víctima se había dispuesto á comer se hallaba oculta la avispa, y la hinchazón producida en la parte atacada había ocasionado la asfixia. Se dice que bastan seis picaduras del zángano para matar á un caballo. Para calmar el dolor que producen aplicase sobre la llaga un poco de cal viva en polvo ó una pequeña compresa empapada en amoníaco líquido; á falta de esto se machaca perejil y se aplica su jugo sobre la llaga con un poco de tierra fina; se indica también una solución de percloruro de hierro, la glicerina fenicada, el agua blanca y el vinagre, como sustancias que pueden producir un resultado más ó menos satisfactorio.

Para destruir las avispas se indican varios medios, y entre ellos los siguientes:

I. Se preservan los frutos de los ataques de las avispas colgando en las ramas del frutal una ó dos botellas llenas hasta la mitad de una especie de jarabe compuesto de azúcar y miel, y como las avispas son muy aficionadas á esta mezcla, una vez han entrado en la botella se ahogan en el líquido que contiene.

II. Se puede destruir un gran número de estos insectos por medio de dos tablas superpuestas, untando previamente con miel las dos caras ó superficies que deban tocarse; se mantienen á cierta distancia una de otra, separándolas por medio de una varita que pueda quitarse desde lejos, valiéndose de un cordel; las avispas se intro-

ducen entre las dos tablas á fin de devorar la miel, y cuando ya se ha reunido en ellas un gran número de aquellos insectos, se separa la varita y los insectos perecen aplastados. Esta trampa ha de funcionar dos ó tres veces cada día.

III. Entre las paredes que sostienen los emparrados y entre las cepas conviene que se cultiven tomates; el olor de esta planta hace apartar á las avispas, que tan á menudo devastan de un modo desastroso los más hermosos racimos de uvas.

IV. También se puede destruir un gran número de aquellos insectos sumergiéndolos en agua de jabón. Este procedimiento consiste en colocar en la entrada del avispero una campana melonera, bajo la cual se pondrá una vasija llena en sus dos terceras partes de agua de jabón.

V. Asimismo puede destruirse un gran número de estos insectos, colocando un vaso lleno de agua muy azucarada, y que contenga una cantidad de ácido arsenioso, junto al avispero.

VI. Para librarse de avisperos, échese en ellos durante la noche agua hirviendo mezclada con algunas cucharadas de aceite, ó bien introdúzcase una mecha impregnada de azufre, y pegando fuego á un extremo de la misma los insectos perecerán asfixiados.

VII. También sirve el echar en el avispero una copita de petróleo, después de lo cual se cierra la entrada con un tapón formado con trapos ó papeles empapados con aquel líquido, y colocar sobre dicho tapón un peso cualquiera que lo mantenga sujeto. A las pocas horas no quedará ninguna avispa con vida en el avispero.

EL SALTÓN

Este insecto (*Melolontha vulgaris*) es una verdadera plaga para la agricultura. Durante la noche come las hojas de los árboles, y si se reúnen en número considerable, gran parte de los jardines ó bosques objeto de sus devastaciones presentan en pleno verano, despojados del verde de las hojas, el mismo aspecto que en invierno.

I. Para conjurar el peligro, M. Pirrot, conservador del bosque de Boloña, ha hallado el medio de exterminar estos insectos. Hace arder aceite, producto de la destilación de gas, del cual se desprende gran cantidad de humo muy espeso. Aquellos insectos no pueden soportarlo; los que sospechan el peligro que les amenaza huyen para no volver y los otros perecen envueltos en los vapores deletéreos.

II. Para destruir los saltones y otros insectos alados, colócase en el centro del campo ó jardín un viejo tonel abierto por un lado, embadurnando la cara interior de las maderas que le componen con brea líquida. En el fondo del tonel se coloca una lamparilla encendida.

Los insectos alados de toda especie, atraídos por la luz, se precipitan hacia la lamparilla, revoloteando á su alrededor; tocan las paredes del tonel, y sus patas, antenas y alas se pegan en la brea cayendo en el fondo del mismo. Con sólo comprar algunos céntimos de brea se recoge cada mañana un excelente abono.

III. Algunas veces basta agitar con fuerza los árboles y las ramas, donde, como es sabido, dormitan los saltones. Entonces se cogen los que han caído y se les arroja al corral, donde los pollos los devoran en seguida, ó bien se les sumerge en un cuero lleno de agua y se hacen desaparecer. Evítase enterrarlos vivos, porque las hembras depositarían en la tierra una multitud de huevos y tendríamos muy pronto una hambrienta posteridad que no tardaría en de-



IDILIO

CUADRO DE DIONÍSIO BAIXERAS

vastar los árboles vecinos, pues por muy considerables que sean los destrozos que cometan aquellos insectos, todavía son menores á los cometidos por las larvas conocidas con el nombre de *gusanos blancos*, que viven en el suelo y devoran las raíces sin distinción.

IV. Cuando se sospeche que los gusanos blancos han invadido un campo, puede destruirse una multitud de estos parásitos, removiendo el suelo y conduciendo á ella las aves de corral. Si se ha tenido cuidado en privar á estos animales de su ordinaria comida, consumirán gran cantidad de aquellos *gusanos*.

V. El riego de las fresas con agua que contenga algunos gramos de aceite de petróleo destruye ó aleja los gusanos blancos.

LAS MOSCAS

Estos insectos son del orden de los dípteros, y si bien por sí solos no son venenosos, no dejan de ser algunas veces temibles, tanto en el estado de larva como en el de gusano perfecto. Cuando las larvas buscan con avidez las sustancias alimenticias y algunas veces penetran en los órganos del cuerpo humano; cuando son insectos perfectos, además de su proverbial importunidad, pueden convertirse en dañinos y dar lugar á accidentes muy temibles. Esto acontece cuando se han nutrido con materias animales en estado de descomposición y que, viniendo á colocarse en ciertas partes del cuerpo que se hallan en contacto con el aire, inoculan en ellas sustancias pútridas de las que están impregnadas sus trompas y sus patas. El *carbunco* ó *pústula maligna* puede originarse en estas condiciones, y varias especies de moscas son agentes de esta terrible inoculación. Este peligro se presenta principalmente durante el verano en los sitios vecinos á los locales donde se encuentran desperdicios de animales en estado más ó menos completo de descomposición.

Las distintas especies de este género son muy numerosas; se pueden citar, sin embargo, las siguientes:

1.º La *mosca común* (*Musca doméstica*) es de color de ceniza con abigarrado de negro; se presenta ordinariamente en verano en el interior de las habitaciones. Insecto importuno por esencia, persigue al hombre y á los animales por todas partes, se arroja sobre toda sustancia húmeda y azucarada, sorbe el pus de las llagas y el sudor que baña la superficie de los animales.

2.º La *mosca bovina* (*Musca bovina*) sólo se diferencia de la anterior en que ésta se sitúa en los establos más bien que en las habitaciones. Se pone con preferencia sobre los ojos, las narices y las orejas de los animales, en todas partes en donde encuentra materia líquida que chupar; las llagas y su supuración son su alimento predilecto. Es frecuente ver animales domésticos que enflaquecen, pierden las carnes y que producen menor cantidad de leche bajo la influencia continua de los repetidos ataques de estos insectos.

3.º La *mosca azul* (*Musca vomitoria*), que deposita los huevos sobre la carne cocida ó cruda, y es la pesadilla de los cortantes.

4.º La *mosca dorada* (*Lucilia Cæsar*), que habita las más inmundas cloacas.

5.º La *mosca carnívora* (*Musca carnaria*), la mayor de todas; es gris con manchas y rayas negras. Sus larvas constituyen, junto con la especie precedente, los gusanos de pescar. Parece preferir todas las sustancias que despiden mal olor y que les atraen las plantas fétidas.

Modo de destruirlas:—I. Para librar las habitaciones y las cuadras de moscas se recomienda que se conser-

ven estos sitios lo más frescos que sea posible y que se tengan cerrados y á media luz, porque durante las horas de calor las moscas prefieren el aire libre. Al cabo de diez minutos déjese penetrar un rayo de luz por el lado en que da el sol y se observará que las moscas se apresuran á salir por la ventanilla.

II. Un manojo de ramas de saúco, de helecho ó de boj atrae de tal modo las moscas que lo cubren por millares, sobre todo durante la noche; entonces se coge el manojo con cuidado y se lleva fuera del local.

III. Una varilla de hierro de cortina ó una tabla que se ha tenido el cuidado de untar con miel ó melaza, las atrae y las retiene prisioneras. Las moscas son en extremo golosas de materias azucaradas; se precipitan sobre la superficie de la tabla y sus patas y sus alas quedan allí pegadas; con los continuos esfuerzos que hacen para librarse perecen extenuadas. Cuando la superficie de la tabla está llena por completo de moscas se rasca bien con un cuchillo de madera y se le vuelve á dar una segunda capa de melaza. Procediendo de este modo, se destruyen en poco tiempo todas las moscas de un aposento. El gasto que esto ocasiona es insignificante.

IV. Suspéndense en las cuadras y caballerizas dos tablitas articuladas en forma de V, untadas con miel, y de vez en cuando se cierran, para destruir las moscas que en ellas se han pegado.

V. Se asegura que el olor producido por la coniza (*Conyza ambigua*) y la meliloto (*Melilotus officinalis*), que se ponen á secar en pequeños manojos en las habitaciones, hace desaparecer estos insectos.

VI. En América se libran de estos importunos huéspedes por un medio muy cómodo. Colocan en el techo de los aposentos unas tiras de calicó empapadas con ácido cresílico, residuo de la fabricación del ácido fénico. Cuesta algo acostumbrarse al olor que produce este ácido, porque es muy fuerte, pero tiene la ventaja de ser muy higiénico, y en tanto que la atmósfera está impregnada de aquellos vapores los importunos insectos desaparecen por completo.

VII. En el campo puede librarse de las molestias de aquellos insectos permitiendo la circulación del aire en los aposentos y colocando en las ventanas un bastidor provisto de una tela metálica.

VIII. Veneno para las moscas:

Madera de acacia.	8 gramos.
Melaza.	125 »
Agua.	500 »

Se hace hervir la madera machacada en el agua, se la filtra y se le añade la melaza.

IX. El *papel mata-moscas* se prepara mojando papel secante en regular cantidad en este cocimiento. Para emplear este papel se le coloca en un plato y se le mantiene siempre húmedo.

Emético.	1 gramo.
Miel.	40 »
Agua.	200 »

Se disuelven la miel y el emético en el agua, y se emplea esta disolución para preparar el *papel mata-moscas*.

X. Madera de acacia.	30 gramos.
Polvos de nuez vómica.	5 »
Agua.	1000 »

Se hace hervir todo junto durante media hora, se cuele y se añade al líquido:

Ácido arsenioso pulverizado.	1 gramo.
Azúcar.	40 »

Se empapan con este líquido las hojas de papel secante y se dejan luego secar.

XI. El aceite de laurel tiene un olor muy fuerte que no es agradable á las moscas, y como por otra parte este olor no molesta, se puede emplear perfectamente para apartar aquellos insectos; en efecto, basta para impedir que penetren en un local, embadurnar las paredes y las maderas con aquel aceite. También se puede por este mismo procedimiento preservar los marcos y otros objetos dorados de las inmundiciás de aquellos insectos.

XII. Se cree que el olor que despide el cloruro de cal aparta las moscas de las cuadras.

XIII. Para impedir que los caballos sean atormetados, picados y martirizados por los molestos insectos, particularmente cuando se hallan aquéllos en estado de reposo, frótesele con un poco de aceite concentrado de laurel, teniendo cuidado de frotar más especialmente en los sitios por los que las moscas tienen cierta predilección. Sólo cinco céntimos de este aceite bastan para untar un caballo tres días. Su empleo no sólo no ofrece peligro alguno sino que constituye un ligero estimulante muy favorable para los caballos y tiene la facultad además de conservar la belleza de su pelo.

XIV. También se puede sustituir este procedimiento por una disolución de 60 gramos de asa fétida en un vaso de vinagre y dos de agua. El olor fuerte del asa fétida hace huir las moscas, y basta lavar ligeramente á los animales con esta disolución para preservarles por completo de aquellos insectos. El asa fétida es una goma resinosa que no tiene acción nociva para el organismo.

XV. En las caballerizas, en los establos, etc., es conveniente producir humo de hojas de calabaceras secas quemadas sobre carbón encendido. Las moscas huyen en seguida y las que no huyen perecen. Si hay en el local pájaros es preciso quitarlos antes de la fumigación; después de la operación también es conveniente no entrar en el local si se quiere evitar el dolor de cabeza.

XVI. Para librar á los caballos de las picaduras de las moscas y de los tábanos basta frotarles con hojas de marrubio negro ó balota fétida (*Ballota nigra*), planta de un olor de odre y que crece en las orillas de los caminos.

XVII. Los importunos insectos se introducen á veces en las orejas de los caballos, y para evitarlo se acostumbra poner á éstos una especie de gorras de trapo basto muy apretadas. Esta mala costumbre hace sufrir inútilmente á los animales, porque para apartar las moscas de la cabeza de los caballos basta introducir en la cavidad interior de las orejas una ó dos gotas de aceite de enebro. Si se repite esta operación dos veces durante la semana no hay cuidado que se acerquen moscas á las orejas del caballo.

XVIII. Para librar de las moscas á los animales que pacen ó que trabajan en los campos, cerca de los bosques ó en las breñas, se aconseja que se laven suavemente los cuerpos de los animales domésticos con un cocimiento de hojas verdes de nogal; se las tritura y muele, luego se las pone en infusión en un litro de agua fría y se aplica en el vientre del caballo, donde las moscas están fijadas; en el mismo instante que se aplica la infusión todas perecen. La acción preservativa de este líquido dura unos quince días.

XIX. También se puede emplear del mismo modo un cocimiento de tabaco, de bencina y de petróleo en suspensión con agua jabonosa.

XX. Para matar las moscas hágase un cocimiento de acacia y miel con esencia de jabón. Este procedimiento da excelentes resultados, no ofrece ningún peligro y su coste es insignificante.

XXI. Se quitan las moscas de los pedazos de carne, sometiéndolas antes á una atmósfera de ácido sulfuroso que se obtiene quemando á su alrededor mechas azufradas.

Picaduras de las moscas.—He aquí un medio excelente para curar las picaduras de las moscas venenosas: si el agujón ha quedado en la herida, quítesele en seguida, luego apriétesela para hacerla sangrar, porque la sangre arrastrará consigo por lo menos parte de los líquidos depositados en ella; séquese la llaga, y lávese inmediatamente con mucha agua, y luego con una disolución de polvos de Knos; este polvo es muy usado en Inglaterra y se compone de

Cloruro de cal. 3 partes.
Sal marina. 8 »

Pónganse 30 gramos de esta mezcla en un vaso de agua.—***

Las llaves perdidas

TRADICIÓN POPULAR

I

CON la cabeza, con la cabeza y no dará tan fuerte! ¡Vaya una manera de llamar! Diríase que quieren echar la puerta abajo. Espere quien sea, que con un gris que corta como una espada no he de salir desnudo... ¡Esta es otra! ¡pues con la prisa y la oscuridad no me ponía los gregüescos al revés!... ¡Que se esperen, digo, que no soy sordo, ó juro por una legión de á caballo dejar al que llama á la luna de esta noche, aunque sea el *sursum corda!*

—¡Por Dios, Corro, no hables así, que ni de fuera pueden oírte, ni con jurar adelantás nada! dijo el suave acento de una mujer contestando á las destempladas voces del que primero hablara.

Éste, murmurando palabras no de la mejor escuela, tiró los calzones, cuya embocadura en aquel momento no hallaba, y embozándose en una manta jerezana que á los pies de la cama tenía, pasó á otro aposento, palpó en la sombra, encaramóse en un banco de madera, y mirando por un postiguillo que sobre una puerta abría, exclamó:

—¡Pues! ¿quién otro había de ser sino el compadre?... ¡Por vida de un alijo de tabaco, que si no nos uniera el sacramento, rompo á su merced el del bautismo!... ¿Conque se olvidó sus llaves sobre la tarima del brasero, al sacar con ellas las castañas del rescoldo? ¡Que no fueran las tales llaves toros de ocho años, á ver si su merced las guardaba mejor!... ¿Y en qué huronera, santo varón, ha estado metido hasta ahora, que llevamos un siglo de sueño?... ¡Con la vecina de arriba desollando á todo Dios!... ¡Bah! su merced no apedrea, pero guarda las capas, como dicen que hacía san Sebastián ó san Jerónimo, ello fué uno de los doce.

En tanto que desde el ventanillo así desbarraba el llamado Corro, su mujer, en el cuarto inmediato, golpeaba el pedernal con el eslabón para encender luz.

—No enciendas, Fina, que el olor de la pajueta te daña; si están las llaves donde dice ese bendito ya las encontraré. ¡Cuidado, que para ser grandes, cual serán las de la puerta otomana, siempre las tiene perdidas! dijo el hombre, bajando del banco y buscando á tientas sobre la copa del brasero.

—Justo, aquí están, añadió luego, y volviendo á su atalaya, prosiguió: Ponga su merced el tabardo y recoja sus llaves... ¡Vaya, que si san Pedro descuida las tuyas como su merced, le quitan el oficio!... ¡Eh, eh, no se vaya tan ahina, que tengo que decirle!... Óigame bien, compadrito de todos los diablos, y no eche mis palabras en saco roto... Esta es la segunda vez que olvida el abridor de su puerta; á la tercera dejo á su merced así donde está, tomando el fresco como las veletas de la torre, aunque se convierta en carámbano y con el viento se petrifique.

Y cerrando de golpe el ventanillo, saltó del banco y se dirigió al lecho, diciendo con toda claridad:

—¡Juro por todos los demonios del resguardo, que á otro olvido del compadre le mando al infierno!

—Corro, por Dios, no jures.

—No te enojas, mujer, que te juro por mi alma no jurar más.

Y tirando la manta metióse en el lecho, tapándose hasta las narices.

Era este hombre como de sesenta años, aunque plantado tiempo hacía en el medio siglo. Cuando de edades se trataba, decía á una vecina que tenía al dedillo la de todo el mundo:

—Cincuenta años tengo, tía Marizápalos, y no me saque más. ¡Caracoles! diríase que de diezmos se trata y para pagar menos amenguo la cosecha. Su merced, como es del tiempo del rey Wamba, quiere hacerme su contemporáneo. Pues yo le juro...

La señora Fina se interponía y el juramento no pasaba adelante.

Sin embargo, como el tío Corro no poseía gran estatura y era delgado como el alambre y como él resistente y duro, doblándose y retorciéndose según las circunstancias, y tenía además una fisonomía graciosa y de facciones aniñadas, con unos ojillos negros picarescos y retozones, podía pasar, á pesar de sus cabellos grises y su malicia de Matusalén marrullero, por un joven de cincuenta, que respetabilidades hay de más edad y peso que no consienten llegar á tanto.

En el barrio no se le conocía por su nombre de pila, sino por el apodo de *Conejito*, llevándole desde la infancia, época en que, aleccionado por su padre, comenzó el contrabando, oficio en el que salió consumado.

El apodo le cuadraba á las mil maravillas, pues nadie cual él sabía agazaparse y agazapar tras peñón ó cañada una ó más acémilas cargadas hasta las orejas, burlando así á los sabuesos del resguardo. Y como conocía cual los rincones de su casa todos los escondrijos del monte, desde Calpe hasta Sierra Morena, y las grutas y ensenadas de la costa desde Algeciras á Almería, aunque retirado de tan aperreado vivir, era buscado con frecuencia para algún alijo de importancia; casos de empeño, en que ya fuese por mar ó por tierra, siempre quedaba airoso el tío Conejito.

Su verdadero nombre era el de Francisco Sánchez, ó tío Corro Sánchez, así le llamaban los más corteses, pues en los tiempos de esta historia, al que no tenía señoría ó don no se le daba, honrándole, cuando más, con el título de *maese*, si de maestro en algo servía, ó de *tío*, si la edad era provecta, aunque el parentesco datase de Adán.

Hoy que todo se ha democratizado no sucede lo mismo, y por una de esas anomalías propias de la igualdad que atravesamos, no hay sirviente ó sirvienta que no quiera llamarse don ó doña, poniendo pleito al amo si no le da el tratamiento.

Pues como decía, y perdóneseme la digresión, el tío Corro Sánchez, sin poseer grandes estudios, tenía más letra menuda que un breviario. Nacido en el último año del siglo xvii precedió en escepticismo á los enciclopedistas que dieron nombre y algo más que nombre al siglo xviii; aunque temeroso el tío Conejito de los señores de la cruz verde, se guardaba muy bien de decirlo. Sólo se franqueaba alguna vez, y podía hacerlo sin miedo de delación, con su mujer la señora Fina.

Ésta no se le parecía. Huérfana desde niña, educada por un tío materno, cura de un pueblo de la sierra de Ronda, había crecido al amparo del sacerdote que con su digna sombra y buenos ejemplos abrigó, sin hacerla fanática, las facetas de aquella naturaleza privilegiada por la sencillez, bondad y virtudes.

Aunque con una figura en extremo agradable, é infinidad de pretendientes, Serafina no se casó. El sacerdote no le encontraba partido á propósito; el cariño y el egoísmo se hermanaban en él para retenerla, y el agradecimiento y la docilidad en ella para bajar la frente y encadenarse al



lado del anciano que de padre le servía. Cuarenta años tenía la señora Fina cuando murió el sacerdote, á quien por su largueza para con los pobres hubiera debido pintársele, como á la caridad, con el corazón en la mano. Serafina quedó de nuevo sola y en la más solemne pobreza, que es la peor de todas las soledades, y con una salud delicada, inconveniente grande para ganarse por sí sola la subsistencia.

El tío Conejito, que de tiempo inmemorial proveía de tabaco al sacerdote, única é inocente distracción del anciano, pues con ser andaluz y de la serranía, ni cazador ni caballista era, prendado de la señora Fina y compadecido de su aislamiento, ofrecióle su morena diestra, que ella aceptó con la condición precisa de dejar el contrabando.

El pretendiente, que tenía ya, como suele decirse, cubierto el riñón, accedió á ello, buscó entre sus influencias, que no le faltaban poderosas, colocación en Málaga, y establecióse de casero con habitación franca en una de esas casas de vecindad denominadas corrales.

Son éstos, edificios destartados, inmensos caserones á modo de convento, donde en distintas celdillas, anchas ó estrechas, buenas ó malas, se encierran como en colmena infinidad de familias de trabajadores pobres, pero honrados, que de eso cuida de informarse el casero. Tiene además éste la obligación de cobrar los alquileres, lo que no deja de costarle trabajo, que el número de los morosos sobrepuja al de los puntuales; debiendo, á semejanza del

alcaide ó gobernador de una fortaleza, mantener la más estricta disciplina entre aquella heterogénea multitud, mosaico viviente y extraño encerrado en el radio mismo de la población, si bien en alguno de sus arrabales.

La casa ó corral en que imperaba el tío Conejito, estaba en la parte alta de la ciudad, á la derecha del Guadalmedina y cercana al convento de la Trinidad, del que tomaba nombre el barrio.

La habitación del casero frontera á la puerta de la calle y con ventanas á un gran patio era, aunque baja, como la torre del vigía en el castillo; desde ella se veía quién entraba y salía en el corral y quién subía y bajaba por los dos ramales de la escalera que conducían á los pisos altos. Cuando el tío Conejito no estaba sentado en la puerta de su vivienda, estaba la señora Fina tras los cristales y visillos de una reja, desde donde lo atisbaba todo, haciéndose presente, cuando comenzaba alguna disputa, para cortarla con su autoridad.

Era el patio especie de ejido, en cuya limpieza alternaban las inquilinas de la casa y en el cual tenían derecho de tomar el sol en invierno y el fresco en verano. Allí jugaban los chiquillos, y como gallinas que escarban la tierra, se revolcaban cuando reñían; allí cosían las jóvenes, hilaban ó hacían calceta las ancianas; los que estaban delicados ó convalecientes de alguna enfermedad jugaban á la brisca ó al tute; las madres peinaban á sus hijos, y las mozas que deseaban lucir sus cabelleras también las desataban en el patio sin miedo de los curiosos. Era, en fin, aquel sitio el punto de reunión; el gran mentidero de los de la casa, donde se desollaba al prójimo como la cosa más natural del mundo. Cuando el frío arreciaba, la aristocracia del corral se reunía desde las ánimas á la queda en la habitación del casero, donde ni de la casa, ni del barrio, ni del casco mismo de la ciudad se dejaba honra á vida.

Fácilmente se comprenderá que á la llegada de la señora Fina aquel foco de hablillas y murmuraciones sufrió notable cambio.

Sin herir la susceptibilidad de nadie y defendiendo siempre á la persona atacada, demostró desde el primer momento la casera que aquella especie de solaz estaba en completa contradicción con sus sentimientos. En consecuencia, los maldicientes comenzaron á retirarse, acabando por fraccionarse la tertulia, convirtiéndose de uno en varios círculos, instalados en distintas viviendas, donde sin veto alguno se podía murmurar libremente.

Sin embargo, eran tan innatos en la señora Fina el agrado, la bondad y la cortesía, que nadie se atrevió á murmurar de su rigidez de principios, respetándola hasta el punto de no calificarla, ni aun los más mordaces, con el apodo del marido. Verdad era que la señora Fina, sobre hacer favores á todo el mundo, tenía en sí tanta dignidad y señorío que, sin saber cómo, cautivaba las voluntades. A pesar de sus caracoles sobre las sienes, peinado poco distinguido, bastaba verla con su saya morada (gastaba hábito de Jesús), su jubón negro, su pañuelo de linón bordado al cuello y su mantilla de sarga negra, corta hasta la cintura, guarnecida de ancho felpón con escaroladillo de encaje hacia el rostro, para tomarla, aunque de pueblo, por una verdadera señora.

Al principio de estar en la ciudad, no había vez en que, al salir á la calle, no le dijera algún majo:

—¡Viva nuestro padre Jesús y la mantilla serrana con lo que cobija!

Después, más conocida, se limitaban á saludarla por su nombre, bajando la montera hasta el suelo.

Bien conoció la señora Fina que había descendido con su casamiento; pero peor era morir de hambre. Además, no dejaba de ser meritorio á los ojos de Dios apartar á un hombre del mal camino, donde pudiera alcanzarle alguna bala perdida ó algún cierto y largo proceso.

En los tres primeros años de matrimonio tuvo la señora Fina dos niños, que murieron á los seis años, y á los cuales sacó de pila el compadre de las llaves olvidadas.

Era éste antiguo amigo del tío Conejito, á quien el contrabandista llenaba de improperios, cuando no tenía otro á quién prodigarlos, queriéndole, sin embargo, con el alma, á pesar de la diversidad de sus gustos y caracteres. El tío Pedro Robles era imponente como un entierro, y triste y grave como un miserere, mientras el compadre Conejito pudiera compararse por lo alegre á una pandereta en movimiento. Conejito se había criado en buenos pañales, con sobra de pan y al abrigo paterno; el otro... He aquí cuál había sido su vida:

Huérfano desde la infancia, mendigaba de día, guareciéndose de noche en el atrio de alguna iglesia. Su sueño dorado era juntar dinero para dejar aquel oficio poco en armonía con sus inclinaciones. A los diez años de edad pudo realizar su proyecto. Reunió unos cuantos reales con los cuales compró siete cenachos; tres pares de ellos de mayor á menor, y el séptimo, como el padre de todos. Cuando los tuvo, hizo su *toilette*, compuesta de dos solas prendas: camisa y pantalón. La primera de cregüeta basta, de cuello desabrochado que dejaba al aire libre una garganta robusta y el comienzo de un pecho de atleta; el segundo de color indefinible, sujeto á la cintura, por falta de botones, con una tomiza, y arrollado por abajo hasta media pierna. Estas, como los pies, estaban completamente desnudas. Después cogió el cenacho grande, cuya asa larga y flexible, aunque no amorosa, pasó por cima de la frente á modo de diadema, bajándole por detrás de las orejas, no hacia el pecho como tocado de esfinge, sino por la espalda, hasta dar el cenacho en las corvas. De los otros seis, colocó tres en cada brazo: primero el más pequeño, y sobre el asa de éste la de los otros; quedando entre cenacho y cenacho espacio bastante para no chafar ó deslucir cuanto en ellos se colocara.

Armado con estos útiles, la cabeza erguida como un vencedor, las manos en las caderas y los brazos en arco cual asas de jarra morisca, comenzó á pasear mañana y tarde la alhóndiga, carnicería, plaza de la Verdura y demás sitios públicos donde se vendía y compraba, alineándose con otros chicos de su clase, cual él ataviados, al paso de los transeuntes, esperando á que alguno le llamara para llevarles por la mañana la compra ó *el avio*, y por la tarde el pescado para la cena. Como era servicial en extremo y se contentaba con lo que darle querían, pronto tuvo clientela; pasando cinco años en el oficio de charranzuelo.

Aquí es menester hacer una advertencia. Aunque en aquellos puntos de la costa se llama charranzuelo al chiquillo desarrapado, haragán y de mal vivir, y del mismo modo al que armado de sus cenachos se gana la subsistencia haciendo mandados ó vendiendo por las calles pescado, frutas ú hortalizas, hay entre uno y otro la distancia que media entre la pobreza laboriosa y honrada y la truhanesca y repugnante ociosidad. El uno inspira confianza, el otro hastío. Ambos han tenido por lecho la dura tierra, por pabellón el espacio, hollando con pie desnudo el fango de las calles; pero el uno siente en sí la inspiración del bien pasando á fuerza de trabajos y privaciones por extrañas fases hasta acabar á veces, como la crisálida, por des-

plegar el vuelo en más altas esferas. El otro, esclavo de la holganza á que le induce la blandura del clima, ama como el reptil el cieno en que mora, de donde sale sólo para ser, por el vicio, escoria de la sociedad, ó por el crimen, carne de grillete.

A los quince años, el charranzuelo honrado, vestido con decencia, era marinero en una barca pescadora, y á los cuarenta patrón de un falucho de aguda y estrecha quilla, que le hacía ligero cual nave de pirata.



Desde aquella época databa la amistad de ambos compadres.

Aun siendo Robles pobre marinero, casóse, ganoso del cariño de que estaba sedienta su alma, con una joven como él, pobre y honrada, la cual murió á los cinco años de matrimonio, dejándole un solo hijo. Otro menor que el



primogénito había precedido á su madre en el paso á la eternidad. El marinero, al verse viudo y con un tierno niño, concentró, como no hacen muchos, en él todo su amor, criándole á su lado en la barca, á la que se apegó el chicuelo como el marisco á la roca.

Pedro Robles tenía un lustro menos que su compadre; era alto, vigoroso y fuerte; con manos poderosas, pecho

de bronce, cuello de toro y unas facciones bastas; pero con hermosos ojos negros y fisonomía abierta y franca, aunque sombreada por una tez morena de suyo y curtida además por los soles y vientos de los mares.

Era de ver cuando algún día festivo salían de paseo ambos compadres, el tío Conejito, perfilado como un abate joven, con zapatos de hebilla, media como la nieve, calzón negro sujeto bajo las rodillas con cenojiles bordados, chupa como el calzón y la larga coleta gris enjaulada en redecilla de fino torzalete; rematando el traje con montera acarelada y capa de seda.

El tío Pedro llevaba pantalón y larga chaqueta de paño azul; al cuello pañuelo negro pasado por una sortija de similar; que fué de su esposa, sombrero de hule, recio tabardo de paño burdo en invierno, y en todas épocas un arete de oro en la oreja izquierda.

Comía á bordo, cenaba en algún bodegón y tenía para pasar la noche un cuartito en el piso alto de la casa. La hija de una vecina que al lado vivía le cuidaba la ropa, y su amor y solaz eran el falucho y los compadres, pues al hijo de su corazón le perdió en una borrasca.

Trazado aunque imperfectamente el boceto de estas tres figuras, entremos en materia.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Apuntes del natural

DIBUJOS AL LÁPIZ, POR DIONISIO BAIXERAS

Los varios dibujos de Baixeras que hemos reproducido fielmente y que insertamos en este número, prueban lo que antes hemos dicho, ó sea el cariño con que estudia los tipos y las costumbres de nuestro Principado. Para todos sus cuadros reúne buen caudal de estos apuntes, sacados con lápiz firme, con cabal conocimiento del dibujo, puesto que el citado artista dibuja tan bien como pinta. Los esbozos que pueden ver nuestros lectores reúnen vivo interés, así para el inteligente en artes, que sabrá apreciar sus muchas bellezas, como para el profano, quien admirará en ellos la verdad y la vida de los tipos retratados. Aquel muchacho con el gorro catalán calado hasta las orejas, á pesar de estar trazado con poquísimas líneas, habla, conforme se dice vulgarmente. Los marineros parecen arrancados de la misma playa de Levante ó reproducidos con una máquina fotográfica instantánea, ¡tanta es su exactitud! Al par de esto, son todos ellos simpáticos, atraen la vista, circunstancia que brilla también en la pintura de Baixeras, quien huye de fealdades que tanto le agradan á la escuela naturalista, á que pertenece sin disputa por las razones que hemos dado, y no emplea nunca ni el pincel ni el lápiz en temas que puedan ser contrarios ó puedan ofender las creencias, los sentimientos y lo que constituye el hermoso fondo del carácter catalán. Así alcanza una doble victoria, la del que produce una obra artística y la del que lleva á cabo una obra buena.

Idilio

CUADRO DE DIONISIO BAIXERAS

Los Pirineos catalanes y nuestra costa de Levante son lugares en los cuales el pintor Dionisio Baixeras ha ido á buscar temas para sus cuadros, conquistando envidiables triunfos en su patria y en el extranjero, puesto que en el mismo Salón de París han sido celebradísimas sus obras. Dotado de espíritu de observación, atento á buscar rasgos característicos de las gentes de aquellas comarcas, estudiando con amor sus hábitos y sus costumbres, entresacando de la naturaleza y del hombre la mucha poesía que frecuentemente se encuentra en ellos, puede decirse que ha militado en la escuela de la verdad á la vez que por el fondo ha sido ferviente entusiasta de lo ideal. En efecto, sus pastores de los Pirineos y sus marineros de la costa de Cataluña son de una exactitud maravillosa, trasuntos fieles del natural, conforme lo proclaman sus tipos, sus actitudes, el aire genuinamente catalán de cada uno de ellos. Al propio tiempo ¡qué sentimiento en casi todos los asuntos que ha tratado! ¡Cómo se siente la grandiosidad de la naturaleza así en sus marinas como en sus paisajes de los Pirineos! ¡Qué suerte de grandeza hay en aquellas modestas figuras, grandeza debida al medio ambiente en el cual viven y se mueven! Baixeras ha sorprendido á nuestros marinos en los momentos más típicos de su vida, ya cuando sentados á orillas del mar, junto á sus barcas de pescar, parecen como absorbidos en la contemplación de aquel inmenso espacio de agua; ya cuando en las mismas barcas, en horas tranquilas, se entregan á la conversación con otros camaradas, recordando hechos de su vida

marinera. En los Pirineos ha encontrado asimismo temas parecidos en el fondo, aunque en las líneas completamente disimilares. Díganlo sus pastores, proyectándose con sus rebaños sobre un fondo de altísimas montañas, con un celaje que presagia una de las tormentas frecuentes en aquellos sitios. Dígalo el *Idilio* que hoy damos, idilio entre pastores de verdad, idilio realista por lo que del natural hay en él, pero del cual se exhala un aroma que procede del corazón y que viene á ser un cántico al amor, que empieza á nacer en las almas jóvenes de aquellos dos pastorcillos.

Recreos instructivos

VIII

—Estoy en duda, don Segundo, sobre lo que se refiere á una palabra rara, que tiene varias transformaciones.

—¿Cuál es, Sofía?

—Empieza la duda en Morfeo, dios del sueño, y sigue en amorfo, morfina y metamorfosis; todas esas palabras me parece que tienen relación, pero no sé á punto fijo el valor de cada una.

—Es fácil averiguarlo: *Amorfo* significa un cuerpo que no tiene figura determinada: así, pues, el polvo amorfo es el que, visto con el microscopio, presenta diferentes formas de cristalización, no siendo ninguna la característica del conjunto: *morfina* es un producto derivado del opio, ó sea la exudación de la adormidera ó cascajo; y ese producto del que hoy se abusa, por la propiedad que tiene de insensibilizar el cuerpo humano ante la acción del dolor físico, no es más que una cristalización del opio y un derivado de la adormidera. Tiene, como veis, relación con el nombre mitológico que se atribuye al dios del sueño, porque en realidad el opio adormece aunque no sin peligro. *Metamorfosis* deriva de dos palabras griegas, *meta*, que significa objetivo, y *morfosis*, que indica forma; es decir, que se trata de obtener una forma, y como los cuerpos la tienen ya, desde el momento en que se busca obtener otra, se sobreentiende que se trata de transformarla ó metamorfosearla. Quizás no conocen ustedes las metamorfosis de Aristóteles, ni tampoco las de Ovidio, ni las que soñaron Cyrano de Bergerac y Swedenborg, al tratar de la humanidad de los mundos subterrestres. Todos esos escritores dieron en explicar los fenómenos de nuestra ulterior existencia por medio de metamorfosis, suponiendo que nuestra vida transitoria en este planeta es una transformación de otras anteriores, y las que siguen un cambio de las actuales. Pero esto no puede interesar mucho á ustedes y doy por terminada la lección.

—Al contrario, don Segundo, nos interesa eso de las metamorfosis, y quisiéramos saber qué fueron antes algunos de nuestros conocidos.

—Amigas mías; yo no doy valor ninguno en absoluto á las teorías de los sabios: fuera de Dios, nada hay que sea la verdad pura; todas esas disquisiciones filosóficas sólo sirven para dar fe de la imaginación y el ingenio de nuestros cosmógrafos, que son más poetas que los poetas mismos; pero si se trata de sacar partido de tales teorías para reír un rato á costa de los extravíos de los sabios, bien puede suponerse, por ejemplo, que una duquesa orgullosa y bella tiene reminiscencias de pavo real; un faquín podría descender de un elefante; un traidor de melodrama, de una serpiente venenosa; un hombre excesivamente bueno, de un cordero de blanquísimo vellón; un saltimbanquis, de un mono; un criado fiel, de un perro; un glotón, de un cerdo, y así sucesivamente; estos datos, puramente fantásticos y que no tienen valor mirados á la

luz de la razón y del sano criterio, nos podrán servir para ejercitar la imaginación dibujando los varios trámites por que pasa un animal hasta convertirse en un tipo humano determinado; aquí van varios dibujos que expli-



can la supuesta metamorfosis de un gallo hasta convertirse en espadachín.

—¡Qué bien! cualquiera creería que es verdad viéndolo así pintado.

—Amigas mías, con el lápiz se hace lo que se quiere; ya recordáis la fábula aquella del león y el hombre en la feria.

—No; ¿qué fábula es?

—Una de las más ingeniosas de Esopo, el insigne esclavo griego que hizo hablar á las bestias para enseñar moral á los hombres. En un cartelón de feria había figurado un pintor la lucha descomunal de un hombre con un león, y como el pintor al fin era hombre, resultaba el león vencido; acertó á pasar por allí un león, y se supone que dijo: «á ser león el pintor, el hombre sería el vencido,» lo cual prueba que se pinta lo que se quiere y no hay que dar nunca valor absoluto á las pinturas.

—Pues nos gusta esto de las transformaciones.

—Naturalmente; para eso Dios dotó á nuestra inteligencia del sentimiento de lo maravilloso, que nos hace suponer siempre algo más grande y extraordinario que lo que vemos; y esto mismo que ahora sólo nos sirve de pasatiempo, en otras ocasiones nos da idea de la grandiosa y hermosísima contextura de lo infinito, de que es el Todopoderoso origen, fin y coronamiento.

Y ahora, pido mil perdones por esta digresión filosófica, que podría, siendo escuchada por otros oyentes, causar el mismo efecto narcótico de la planta adormidera, de que hablaremos más tarde y no sin algún provecho.—JULIÁN.

Solución á las sílabas exóticas:

- KRUPP (célebre fundidor).
- KRAAL (aldea africana).
- KROMEN (negros pescadores).
- KRAKEN (pulpo gigante fabuloso).
- KREUTZER (moneda de cobre alemana).

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

EL CONTINENTE MISTERIOSO

LAS FUENTES DEL NILO.—LOS GRANDES LAGOS DEL ÁFRICA ECUATORIAL.—DEL RIO LIVINGSTONE AL OCEANO ATLÁNTICO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN

Adornada con láminas sueltas, grabados en el texto y varios mapas iluminados

ÚNICA TRADUCCIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR

La importante obra EL CONTINENTE MISTERIOSO se publica por entregas de cuatro páginas en folio y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 100 reales.

EN EL ÁFRICA TENEBROSA

HISTORIA DE LA EXPEDICIÓN EMPRENDIDA EN BUSCA Y AUXILIO

DE EMIN

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ECUATORIAL EGIPCIA

ÚNICA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA PUBLICADA CON ANUENCIA DEL AUTOR

MAGNÍFICOS REGALOS

Esta importante obra forma un abultado tomo y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 132 reales.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veraeruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^a — Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis. — BARCELONA —

LA PREVISION

PRIMERA COMPAÑÍA ESPAÑOLA

DEDICADA EXCLUSIVAMENTE Á

SEGUROS SOBRE LA VIDA Á PRIMA FIJA

BARCELONA — DORMITORIO DE S. FRANCISCO, 8, PRAL.